

El Sr. Argüelles: „Es difícil interpretar la intención de la comisión, especialmente componiéndose de varios individuos y en casos dedicados como este. Me parece, no obstante que uno de los objetos que se propuso fué la que he oído exponer a un señor preopinante. No me detengo en esto, pues también V. M. conoce que no es del día.

„Ha dicho el Sr. Gallego que los libertos nacían civil ó interpretativamente el día de su libertad. Aquí se prescindía de que si eran esclavos ó hijos de esclavos, porque al cabo se ha tratado de aliviar la suerte infeliz de unos desdichados que no han tenido culpa en su desgracia. Como además el número de estos libertos no ha de ser grande, y siendo las Cortes las que han de dar estas cartas, sabrán á quien las conceden: de consiguiente no debe haber dificultad en que se diga que el liberto, en el acto de serlo, es español.“

El Sr. Uria: „Un esclavo que ha vivido siempre en los dominios españoles, puede salir de ellos en servicio de su amo y adquirir entonces su libertad. Pregunto, ¿si volviese á España á residir, sería español? Por tanto comprendo que no es necesario adquirir la libertad en España, como lo previene el artículo.“

Procedióse á la votación, y quedó aprobado este párrafo, sin mas variación que, á propuesta del Sr. Becerra, sustituir á la expresión *en España* la de *en las Españas*.

*

SESION DE 4 DE SETIEMBRE DE 1811

Discusión sobre la ciudadanía de los originarios de Africa.

Se leyó el artículo 22, concebido en estos términos:

«A los españoles que por cualquiera línea traen origen de Africa, para aspirar a ser ciudadanos les queda abierta la puerta de la virtud y del merecimiento, y en su consecuencia las Cortes podrán conceder carta de ciudadano a los que hayan hecho servi-

cios eminentes a la patria, o a los que se distinguan por sus talentos, su aplicación y su conducta; bajo condición respecto de estos últimos de que sean hijos de legítimo matrimonio, de padres ingenuos, de que estén ellos mismos casados con mujer ingenua y avecindados en los dominios de España, y de que ejerzan alguna profesión, oficio o industria útil con un capital propio, suficiente a mantener su casa y educar sus hijos con honradez.»

El señor Uria (*leyó*): Si el artículo 22 de que se trata quedara sancionado por Vuestra Majestad en los mismos términos con que a Vuestra Majestad se propone, él solo sería bastante, a mi parecer, para deslucir la grande obra de la Constitución que Vuestra Majestad pretende dar a la nación. Acaba Vuestra Majestad de declarar solemnemente la soberanía de ésta y de reconocer por sus partes integrantes a los mismos a quienes se tiene ahora en menos para que sean sus ciudadanos; y desde este principio toma vuelo mi corto discurso, dirigido a probar a Vuestra Majestad los agravios manifiestos que se les infiere, pretendiendo despojarlos de unos derechos que son consiguientes a la soberanía de que son partícipes y de los que les es deudora la sociedad española. En efecto, señor, es lo más grande, lo más augusto con que Vuestra Majestad ha podido condecorar a nuestra nación, declarándola soberana no sólo por las altas facultades que la son inherentes por solo este respecto, sino también por la grandeza y elevación que refluye de ella en todas las partes que la integran y componen; no puede haber en éstas ninguna mancha ni borrón que denigren y afeen una cualidad, la más ilustre y sobresaliente; por esta razón, Vuestra Majestad se detuvo a examinar las circunstancias de los que debían gozar los derechos de español, para que nunca la nación soberana apareciese defectuosa o envilecida. El mayor realce de los hombres que existen en las Españas consiste en haber nacido libres en sus preciosos territorios y hallarse en ellos avecindados; esto es, ser español, sin necesitar de otra circunstancia para serlo y sin que su origen, sea el que fuere, pueda privarlo de esta cualidad, la más apreciable y decorosa. ¿Por qué, pues, ha de ser aquél tan ofensivo a la cualidad de ciudadano? ¿Por ventura no es ésta de inferior orden que aquélla? Ser parte de la soberanía nacional y no ser ciudadano de la nación sin demérito personal son, a la verdad, señor, dos cosas que no pueden concebirse y que una a la otra se destruyen. El origen por sí solo puede influir tan imperiosamente en la porción numerosa de estos españoles, que, respetando la parte sustancial de la soberanía que

les corresponde, les prive de lo que es sólo accesorio y accidental. Tal es, a mi parecer, el título de ciudadano. De otra manera, los hijos legítimos de los extranjeros nacidos en las Españas tendrían necesidad de carta especial, no de naturaleza, pero sí de ciudadanos, a pesar de que hayan obtenido sus padres esta última, porque la marca del origen extranjero, grabada en ellos, es indeleble, mas en nada les perjudica. ¿Y les será nociva a nuestras castas? Hablo principalmente de las de América. Son, es verdad, originarias del Africa; pero la sangre que de ésta sacaron sus ascendientes corren apenas una gotas en sus venas por las mezclas de sus diferentes generaciones. ¡En qué especie de abatimiento tan asombroso se las pretende dejar! por más que se hayan elevado a la esfera de españoles, a nada pueden aspirar; están cerradas para ellos las puertas del honor, a pesar de que disfrutan el de ser miembros de su soberanía.

La comisión les franquea el que puedan lograrlo por su virtud y sus merecimientos, por su talentos, su conducta y aplicación; pero ¿qué clase de merecimientos exige en ellos? Los que apenas han contraído con sus servicios eminentes a la patria los Ballesteros, los Roviras y los Empecinados. A sus talentos les falta teatro donde puedan manifestarse; como a nada aspiran de cuanto al hombre puede engrandecer, y alentar por lo mismo a emprender las carreras del honor y distinción, se mantienen por lo regular oscurecidos con las densas tinieblas de su propio abatimiento, así como su virtud poco atendida y reflexionada. Me admiro, señor, el que la comisión, tan ilustrada y tan liberal, haya manifestádose en esta parte con una mezquindad que si promete algo a estos españoles, es a trueque de unas condiciones que o no dependen de su arbitrio o son muy superiores a la vileza de su esfera.

¿Y no es, señor, un asombro y una especie de prodigio el que amen y respeten a Vuestra Majestad como deben estos hombres que por los conductos ordinarios nada esperan ni para sí ni para sus amados hijos de las liberalidades de Vuestra Majestad y de las franquezas de sus reyes? ¡Ah señor! Claman ellos desde el pozo de su abatimiento, haciendo a Vuestra Majestad cargo de que si son españoles para contribuir a proporción de sus haberes a los gastos del Estado, lo sean igualmente para que, compadeciéndose Vuestra Majestad de la suerte de su origen, en que no tuvieron parte alguna, extienda su poderosa mano para que, sacándolos de su profundidad, adonde aquél los tiene ahora sumergidos, los

eleve a la clase de ciudadanos llanos y comunes, que es lugar que les corresponde como hombres buenos que son, para usar el lenguaje de la ley. Así lo exige el honor de la soberanía de Vuestra Majestad y lo demanda igualmente la sociedad española, que la es deudora de su existencia y por consiguiente obligada a dispensarles este honor. No puede ocultarse a la alta sabiduría de Vuestra Majestad que en todas partes la sociedad depende en su existencia política, no tanto de las clases superiores del Estado cuanto de las inferiores. Sin el trabajo de éstas no podrían aquéllas manifestar aquel aire de esplendor y grandeza que las acompaña; antes bien, sin su industria y actividad, ni podrían aquéllas subsistir, y su ruina sería inevitable. El grande, el noble, el ciudadano, podrán decir al labrador y al artesano que son ellos los que desempeñan los encargos más difíciles del Gobierno, los que velan en la custodia de las leyes sobre la recta administración de justicia y sobre la seguridad común; que sus talentos conservan el decoro de la patria y el de la sociedad; pero también los otros podrán responderles de una manera sin réplica, que son ellos los que proporcionan a la patria la abundancia; que mantienen a la sociedad con el sudor de su rostro; que la suministran los géneros para vestirse, los útiles para adornarse y cuanto es necesario, útil y cómodo para la sociedad. Este lenguaje, que es cierto donde quiera, lo es mucho más en la América. Nuestras castas son las depositarias de todo nuestro bien y felicidad; nos suministran brazos que cultivan la tierra que produce sus abundantes frutos, los que nos extraen de sus entrañas, a costa de imponderables afanes, la plata que anima al comercio y que enriquece a Vuestra Majestad. Salen de ellas los artesanos, se prestan a cualquier trabajo público y particular, dan en aquellos países el servicio de las armas y son en la actualidad la robusta columna de nuestra defensa y de los dominios de Vuestra Majestad, donde se estrellan los formidables tiros de la insurrección de algunos de nuestros hermanos. ¡Cuán dignos son, señor del aprecio de Vuestra Majestad! ¡Y cuán acreedores a su amor y a su reconocimiento! Lejos, pues, de Vuestra Majestad, toda irreflexión; la sociedad los recomienda muy particularmente, el bien general se interesa y la justicia clama a mi favor para que los distinga con el inferior título de ciudadanos, puesto que los ha condecorado con el superior de españoles.

A consecuencia de este discurso propuso que el artículo se expresase en estos términos:

«Son también ciudadanos los españoles originarios de Africa, hijos de padres ingenuos, que ejerzan alguna profesión o industria útil o tengan alguna propiedad con que puedan subsistir honradamente.»

El señor *Alcocer*: Este artículo da por supuesto no son ciudadanos los españoles que traen su origen de Africa como si ya se hubiese establecido de antemano, y no es así. Por el contrario, el artículo anterior concede el derecho de ciudadano a los hijos de extranjeros, sin poner la excepción de que no sean africanos, en cuya virtud deberían entenderse comprendidos los del artículo que se discute, si él no los supuiera excluidos. De manera que sin expresarse abiertamente en parte alguna que no son ciudadanos, se les declara de un modo indirecto la negativa de esta cualidad, abriéndoles la puerta y para obtenerla por privilegio.

Hago esta reflexión porque no se crea ajena de este artículo la controversia que voy a agitar y que en él se presenta como definida, ya no estándolo en efecto, o se decide suponiéndola decidida. Provenirá, sin duda, de que se creyó no necesitaba de resolución formal un punto que desde luego se ve como muy claro, atendiendo a la equidad o a la conveniencia, que son los dos polos sobre que estriba el Estado; pero yo encuentro que ni una ni otra lo apoyan. Que los oriundos de Africa sean ciudadanos lo exige la justicia y lo demanda la política, dos reflexiones que recomiendo a la soberana atención de Vuestra Majestad, como en las que se interesan la suerte de algunos millones de almas, el bien general de la América y quizá también el de toda la Monarquía.

Roma, en donde fue más conocida y apreciada la cualidad de ciudadano, llegando a ser el objeto de la ambición de las demás poblaciones de Italia, estableció por la primera y principal causa que la produce el nacimiento, según consta en la séptima *cod. de incolis*; de manera que nacer libre y nacer en Roma era bastante para ser ciudadano romano, y era un motivo superior al privilegio, adopción y empleo honroso, que también daban aquel derecho. Lo mismo estaba establecido entre los griegos, alemanes, suizos y otras naciones.

Entre nosotros ha sido desconocido el nombre de derecho de ciudad, usando promiscuamente las voces de ciudadano y vecino. Natural y extranjero son las palabras que se encuentran en nues-

tras leyes, y «carta de naturaleza» es como se ha llamado el privilegio concedido a los extraños, y que equivale al derecho de ciudad en otros países. La naturaleza, aunque se adquiere de varios modos, dice la ley 2ª, título XII, Partida 4ª, que es la primera y mejor la que se adquiere por nacer en la tierra.

La razón confirma esto mismo, pues el nacimiento debe ser preferente aun al origen, supuesto que lo confunde. Si hubiéramos de atender a éste y remontarnos en su inquisición, a los ingleses los llamaríamos sajones, a los españoles les diríamos godos, alanos, catos, etcétera, y a todos los hombres los tendríamos por naturales de la patria de Noé si no es que también subíamos hasta Adán. Y siendo esto así, ¿qué motivo habrá para negar la cualidad de ciudadanos a los que han nacido en territorio español a causa de su origen africano?

Ni aun entre los griegos, que fueron los más rígidos en esta materia del derecho de ciudad, se requería el origen remoto, bastando el próximo, esto es, nacer de padres naturales, y no siéndolo alguno de ellos el hijo se llamaba *mestizo*, que nosotros decimos genízaro, de cuya clase fue el famoso Temístocles, cuya madre era extranjera. Entre los romanos bastaba que fuese natural el padre, y en nuestro derecho ni aun esto se necesita. ¿Por qué, pues, se ha de exigir en las castas?

Pero yo quiero permitir se necesite aun el origen remoto. ¿Quién dijo que no lo tienen las castas? Muchos de ellos no sólo son originarios del territorio español por una línea, sino por tres costados o agüelengos, y atendiendo a los bisabuelos, quizá por uno solo descienden de Africa, y por los otros siete de nuestro territorio. ¿Qué razón habrá para que, aun olvidando el nacimiento, a la mayor parte que tienen de origen español contrapese la pequeña de origen africano? Pero examinemos la materia.

¿Qué fundamento hay para que les dañe semejante origen? ¿Será acaso precisamente por el Africa? No, porque esta parte del mundo no desmerece respecto de las otras, y en ella tenemos territorios cuyos naturales son españoles. ¿Será en odio de los cartagineses que nos dominaron en otro tiempo, o de los moros que por ocho siglos ocuparon la Península? No, porque los pueblos de que descienden nuestras castas jamás nos han hostilizado, y más bien nosotros hemos sido sus enemigos, esclavizando a sus habi-

tantes. ¿Será por el color oscuro? No, porque las castas tienen un color moreno como el de los indios, a quienes no se excluye por esto del derecho de ciudad; algunos lo tienen más claro que los indios, y otros son tan blancos como los españoles. A más de que en el siglo XIX, tan ilustrado, y en una nación tan culta como la española, debe atenderse a las cualidades físicas y morales de los súbditos y no al color, lo que merecía el desprecio que hizo Virgilio en otro caso: *alba ligustra cadunt vaccinia nigra leguntur*. No resta otra cosa que decir sino que la esclavitud inficiona el origen africano.

Yo bien sé que entre los griegos fue ella el mayor óbice para obtener el derecho de ciudad, que jamás se concedió a los libertos ni a sus hijos, ni pudo Demóstenes persuadir a ello a los atenienses, arengando largamente a favor de aquéllos; pero no fue lo mismo entre los romanos, que han dado la ley en esta materia. Se añade que entonces eran muy distintas las ideas que se tenían de la esclavitud, y ésta provenía de un principio muy diverso del que nace ahora. Entonces dimanaba de un derecho de gentes introducido por la necesidad de la guerra, y era como un sello de los enemigos del Estado; ahora recae sobre inocentes que no han hostilizado a la nación y tiene por origen una especie de raptó, la violencia y el comercio más repugnante a la razón; por lo que, lejos de excitar el desprecio, debe mover la compasión. Después de haber hecho a las castas la injusticia de esclavizar a sus mayores, ¿por esto mismo se les ha de hacer la otra injusticia de negarles el derecho de ciudad? Una injusticia no puede ser razón o apoyo para otra.

Y digo que es injusticia semejante negativa, aunque no sea sino las cargas del Estado que sufren las castas. Ellos contribuyen con todas las pensiones y derechos que los demás; defienden a la patria, componiéndose de la mayor parte de ellos los regimientos veteranos y las milicias, y ejercen casi exclusivamente en América los oficios y las artes, siendo el atlante que sostiene el ramo de la industria tan productiva al erario como indispensable en la sociedad. La justicia exige que quien sufre las cargas, disfrute también de los derechos comunes a todos, que es lo que importa la cualidad de ciudadano.

Ella no da rango o esfera, conviniendo igualmente al estado llano y a la nobleza, así como en Roma tan ciudadano era el ple-

beyo como el senador y el caballero. ¿Qué inconveniente, pues, resultará de que lo sean las castas? Si examinamos los privilegios que corresponden a este título, no son incompatibles con su clase, y ya los tienen en realidad, por lo que sólo se les daría un nombre concediéndoseles. A cinco los reducían los romanos: libertad, patria potestad, exención de los magistrados en lo criminal, sufragio en las elecciones populares y posibilidad para los empleos municipales. Las castas tienen libertad, pues no son esclavos; tienen la misma potestad que los demás sobre sus hijos; no están exentos de la jurisdicción de los magistrados, como no lo están los demás vecinos, pues no es compatible con nuestro Gobierno monárquico el conocimiento del pueblo a que se provocaba con la cláusula *civis romanus sum*; el sufragio no puede negárseles en virtud de ser miembros de la nación en que reside la soberanía, y dejaría de ser popular una elección si no tuviesen sufragio los que componen el pueblo; finalmente, la posibilidad para los empleos nada les añadirá ni variará el orden establecido hasta aquí.

Cuando se dice que sólo los ciudadanos podrán obtener los empleos municipales, no es decir que cualquiera por sólo este título los obtendrá; no es dar aptitud para ellos, sino remover un obtáculo; del modo que decir que sólo los hombres y no las mujeres pueden recibir los sagrados órdenes no es decir que cualquiera hombre se ordene, aunque carezca de la instrucción y demás calidades necesarias. De manera que aun concediendo el derecho de ciudad a las castas, no por eso obtendrán los empleos ni entrarán en las corporaciones que exigen limpieza y nobleza de sangre; como el plebeyo en Roma, a pesar de ser ciudadano, no optaba los destinos del orden senatorio y ecuestre.

Obteniendo, pues, las castas los propios de su clase, esto es, los correspondientes al estado llano, ningún inconveniente se sigue de que sean ciudadanos; y no siéndolo, ya que se establece entre nosotros este título, no sé cómo puede verificarse la ley 10, título V, libro 7º de la Recopilación de Indias, en que se encarga a los gobernadores y capitanes generales traten bien a los morenos libres y les guarden sus preeminencias. ¿Cuáles pueden ser éstas sino las que han dicho corresponden al ciudadano? Porque menos que ellas no hay otras que las comodidades comunes de la sociedad, como la defensa del Estado y la administración de justicia, las que convienen también a los esclavos.

Sobre todo, señor, cuando yo recorro la ley citada de Partida, donde se enumeran los modos de adquirir la naturaleza, que es lo que entre nosotros ha correspondido al derecho de ciudad, encuentro que casi todos les convienen a las castas: el nacimiento, el vasallaje, la crianza, el servicio en las armas, el casamiento, la herencia, la vecindad y hasta el volverse cristianos, pues en el territorio español se bautizaron sus mayores. Es pues, de rigurosa justicia, no por uno, sino por mil títulos, concederles aquel nombre.

Con esto había ya probado que lo demanda la política, la que nunca debe perder de vista a la justicia. Porque aquella máxima de que la primera razón del gabinete ha de ser conveniencia es para mí tan errada como la que la última razón de los reyes es el cañón. La primera razón del gabinete es la justicia, y la última razón de los reyes es la justicia, y todo lo que no es justicia es sinrazón. No obstante, aun considerando con precisión de ella a la política, demanda ésta evitar el mal y procurar el mayor bien de la Monarquía.

¿Qué funesta no sería la rivalidad de las castas si en ellas se excitase contra el resto de población? ¿Quién podrá calcular los desastres que le serían consiguientes y quién no conoce los que producirá la negativa de un derecho común a todos? No es materia ésta en que debo internarme; basta insinuarla para que la medite la prudencia, la que dicta suprimir el artículo, pues no por sostener un parrafito hemos de arriesgar la pérdida de un mundo.

Por otra parte, sea cual fuere la mira que se lleve en la negativa, no se conseguirá con ella fin alguno ni se evitará ningún mal. En la colección del tributo personal tenemos una prueba palpable. No se colectaba ni la mitad ni la cuarta parte de lo que debía colectarse de las castas, porque ellas han procurado siempre confundirse o con los indios o con los españoles, llamándose tales, según su color más o menos claro, de que resultaba no pagasen los más sin haber arbitrio de una inquisición escrupulosa, dejando a cada uno en la reputación común y favorable; lo que así tenía mandado el Gobierno en obvio de alborotos y tumultos que siempre se suscitaban cuando se quería proceder de otro modo. Esto mismo, y por la misma razón, sucederá con la cualidad de ciudadano, aunque se niegue, pues la tendrán los que no pagaban tributo, que son los más. Sólo se llamarán castas los que han nacido en Africa o enteramente traen de ella su origen, que son los negros, cuya cara

no les dejará ocultar su calidad; los mulatos libertos, porque consta la esclavitud de que han salido, y los hijos de éstos, como tan próximos a aquel origen de servidumbre; pero en los demás descendientes entrará la confusión y, por lo mismo no se conseguirá cualquier fin que se intente con la negativa, y será indefectible la odiosidad de ella aun respecto de los que la eludan.

La política dicta sacar provecho de esta misma precisión, concediendo con franqueza lo que sería útil denegar. De este modo se formará de aquellos hombres un crecido número de súbditos más útiles que lo han sido hasta aquí. Ellos son hábiles, valerosos, fuertes y robustos para el trabajo y aptos para todo pero no han tenido existencia política; han estado en el abatimiento, que es la mayor rémora de la virtud y el más poderoso aliciente para el vicio. Concédaseles un derecho, que sin sacarlos de su clase o estado llano, les hará concebir que son algo, que figuran en el Estado, y entonces se erigirá su espíritu, sacudirán sus potencias, se llenarán de ideas de honor y estimación de sí mismos y adquirirán vigor para servir mejor a la patria. Esta se engrandecerá con la adquisición de un crecido número de súbditos no por una conquista física, sino política, haciendo útiles a los que antes no lo eran y a los que ya lo eran, pero no tanto como serán.

De lo contrario, ¿con cuánta razón no censurarán nuestra conducta los políticos extranjeros? Si murmuraron la expulsión de los moriscos, siendo unos hombres sospechosos en religión y lealtad, ¿qué dirán de que nos expongamos a que muchas de nuestras castas emigren a otro país, cuando se vean despreciados con una negativa que los abatiría y distinguiría aún más que antes del resto de la población? ¿Qué dirán de que no nos aprovechamos de ellas, pudiendo hacerlas útiles a tan poca costa? Porque no puede negarse que ellas exceden muchísimo en número a los moriscos y carecen de las sospechas de éstos.

Con decir son ciudadanos todos los libres hijos de ingenuos, con tal que por alguna línea traigan su origen del territorio de las Españas, quedan excluidos los negros, los libertos y sus hijos, con lo que convenimos con los griegos y salvamos aquella impresión de la proximidad a la esclavitud que puede inducir en ellos mismos abatimiento y en los demás vecinos algún concepto de poco aprecio.

A no ser así, no admitiré siquiera este temperamento. ¿Adónde está la ilustración de nuestro siglo, según la cual se debe ver a todos los hombres como ciudadanos del mundo e hijos de un solo padre, que es el Supremo Hacedor? ¿Dónde la filosofía que enseña a apreciar a nuestros semejantes? ¿Dónde la liberalidad que estimula a promover el bien de la especie humana? ¿Dónde el espíritu de regeneración de la Monarquía, que ha querido hacer de todos sus miembros una misma y sola familia? ¿Dónde la filantropía o amor a todos los hombres? El que piense de otro modo será para mí tan misántropo como el mismo Timón, aquel griego que dio origen a este nombre. No lo juzgo así de Vuestra Majestad, y espero de su justificación y política concederá a aquellos infelices el derecho de ciudad.

El señor *Argüelles*: No puedo oír con indiferencia que se trate a la comisión de iliberal y poco mirada, presentando un artículo contradictorio, inconsigniente y lleno de no sé yo cuántos otros defectos más que han tenido a bien los señores preopinantes atribuir al que se discute. Aunque no estoy preparado para contestar debidamente a los argumentos que se han hecho por el señor Uria en su bien meditado discurso y por el señor Alcocer en su erudita y elocuente exposición, procuraré a lo menos manifestar las razones que tuvo la comisión para extender el artículo según aparece.

La comisión no ha sido iliberal ni irreflexiva; sus principios son bien conocidos, y los sentimientos de sus individuos, igualmente notorios. Mas en este punto procedió sujeta a leyes claras y terminantes. Ya en los primeros días del Congreso, los señores diputados por América manifestaron sus deseos en él, excluyendo explícitamente a varios habitantes de ella. (Interrumpido el orador por haberse dicho en octubre, añadió): Además de ese decreto, pues yo no hablo de las proposiciones presentadas por septiembre, el decreto de 15 de octubre precisamente es la base del artículo que la comisión no podía variar. Fue muy discutido y controvertido por las Cortes; es claro y decisivo, y la comisión no ha hecho sino ampliarle todo lo que pudo, sin oponerse a lo que dice su tenor. ¿Cómo, pues, se la tilda de iliberal? Fue detenida y mirada, porque ha querido aplicar en todo el rigor posible los principios más liberales, sin comprometer por eso la tranquilidad y contento de toda la Monarquía. El artículo no está examinado como debía. No priva a los originarios de Africa del derecho de

ciudad; indica, sí, el medio de adquirirlo y dice cómo pueden ser admitidos a participar de los privilegios de la cualidad de ciudadano con utilidad suya y de la patria. Y así es que yo desearé que el artículo sea analizado por los señores que han pedido la palabra con toda la atención que les sea dable antes de repetir lo dicho contra la liberalidad de la comisión. La ancha puerta que les deja abierta la virtud y el mérito para ser ciudadanos forma un inmenso campo para las acciones dignas de todas clases en que poder aquellos apreciables individuos hacerse acreedores al derecho de ciudad. No es exacto decir que los términos del artículo equivalen a una negativa por no haber en aquellos países ocasiones de contraer el mérito de los españoles en la Península. El mérito y los servicios siempre son relativos, y los que se exijan de aquellos individuos serán calificados en su caso con respecto a su condición; esto es, al estado en general de su clase y al particular de cada individuo. Las Cortes así podrán conceder carta de ciudad no sólo a pocos individuos a la vez, sino a muchos, conforme a sus merecimientos. Se hará entonces con conocimiento de causa y con el debido discernimiento, para que sea el premio y galardón de la virtud y del mérito. Los países de América ofrecen un teatro muy digno en que poder los individuos de que se habla ejercitar sus virtudes y talentos en todo género de acciones útiles y señaladas. No sólo los servicios militares se reputan por merecedores de premios en una sociedad; las virtudes cívicas, o sea sociales, lo son igualmente. Pero ¿quién puede negar que en América aun las acciones militares brillan y reclaman la gratitud nacional tanto como en la Península? Los esforzados españoles que mantienen la tranquilidad y obediencia de las leyes y de la autoridad legítima a los que por una fatalidad los habían desconocido, ¿no son tan beneméritos, tan dignos de premio como los jefes y militares que ha citado el señor Uria en la madre patria? Y si entre ellos hubiere personas que se hallen en el caso del artículo, ¿no pueden ser por el mismo hecho recompensados con una declaración tan honrosa y útil como la de ciudadano? Sí, señor, pueden merecerla, y la habrán merecido. Nada más justo; pero entonces es por mérito reconocido, como debe suceder, con discernimiento, única circunstancia que hace apreciable el premio. La comisión bien hubiera deseado que circunstancias particulares mejor conocidas de los señores diputados por América que de los de la Península le hubiesen permitido u omitir el artículo o concebirle en términos, ya que se quiere llamar así, más liberales. La comisión tenía en su seno

varios dignos individuos americanos a quienes oyó en esta materia con toda la deferencia y atención que se merecen. Mas cualquiera que fuese la opinión individual de cada uno de aquellos señores, no podía menos de arredrarse al formar el artículo. Sabía que un error de los Gobiernos anteriores había llevado a aquellos países los naturales de otros climas y que un sistema igualmente equivocado, lejos de aliviar su suerte y mejorar su condición, las había agravado. Así es que el resultado de ambos hechos produce una diferencia que, por desgracia, tiene su apoyo en la opinión de unos y en las preocupaciones de otros. La comisión desearía haber presentado en todo su proyecto la más cumplida uniformidad. Mas ¿podía hacerlo? ¿Tenía a su disposición los medios de dirigir las opiniones, las ideas recibidas y arraigadas con la educación y con muchos años de destruirlas o de transformarlas? ¿Es culpa suya no hacer el mayor de los imposibles? Más bien es digna de compasión que de ser tachada de iliberal. Yo respeto como nadie las luces y opiniones de mis dignos compañeros los señores americanos; no obstante, aunque soy también el que ignora más las cosas de su país, y por lo mismo el que habla de ellas, según lo he confesado siempre, con más desconfianza, no sé yo cómo sería admitida una innovación tan absoluta y general ni qué consecuencias podría acarrear. En este punto quisiera yo que el señor Alcocer no hubiese pasado tan rápidamente sobre uno que miro como esencialísimo; y espero que los señores que hablen después aclaren la intención o inteligencia de lo que solicitan para que pueda el Congreso deliberar. La palabra *ciudadano* no puede ya entenderse en el sentido tan vago e indeterminado que hasta aquí ha tenido. Aunque término antiguo, acaba de adquirir por la Constitución un significado conocido, preciso, exacto. Es nuevo en la nomenclatura legal y no se puede confundir en adelante con la palabra *vecino*. Aun ésta entre nosotros significa más que lo que el señor Alcocer ha indicado en su erudito discurso; pues no sólo habilitaba al que era vecino para poder ser individuo de una cofradía, mayordomo de fábrica, etcétera, sino para empleos municipales de mucha consideración, alcalde o juez ordinario, regidor, diputado del común, etcétera. En los empleos de otras clases el vecino opta, según su mérito, con los demás españoles.

Por tanto, ora se mire como sinónimo de ciudadano la palabra *vecino*, ora diferente, es necesario examinar qué acepción tiene

ahora por la ley fundamental el nombre *ciudadano*. El artículo 23 le da voz activa y pasiva para los empleos de república, y el 91 le concede la mayor prerrogativa de un español, que es nombrar y ser nombrado representante de la nación. Por el primero, los individuos de que se habla pueden ser desde este momento prebendados, magistrados, prelados, eclesiásticos, ministros, consejeros de Estado virreyes y capitanes generales; por el segundo pueden y deben ser procuradores de Cortes, no sólo nombrar a quienes hagan sus veces, sino venir al Congreso nacional a representarse a sí mismos, a sus conciudadanos, a la nación entera, a deliberar como sus dignos defensores. Esta extensión de facultades que da el título de ciudadano, título adoptado necesariamente para plantear el sistema representativo, y del cual forma una de las principales bases, ¿debía o no obligar a la comisión a que fuese circunspecta? ¡Ojalá hubiera podido ser tan liberal como son sus sentimientos! Pero ha tenido que sacrificarlos a la conveniencia pública, al bien general del Estado. La cualidad de ciudadano habilita a todo español para serlo todo en su país, sin que reglamentos ni privilegios de cuerpos ni establecimientos puedan rehusar su admisión.

Ahora bien; esta latitud de cualidad, ¿hallará, sí o no, repugnancia en América? La comisión, ¿es iliberal y poco reflexiva en no haber temido el efecto que esto pudiera causar en unas provincias en que dominan las mismas preocupaciones que en las de la Península? Yo aseguro al Congreso que, constituida en la dura necesidad de formar el artículo, tuvo que proceder por un camino lleno de peligros, por el agudo filo de la más angustiada perplejidad. Una latitud demasiada y una restricción excesiva eran escollos que debía evitar igualmente. Scila y Caribdis amenazaban de ambos lados. ¿Qué había, pues, que hacer? El ejemplo de los griegos y los romanos no sirve para resolver esta cuestión. Sus repúblicas estaban constituidas de un modo desconocido en los Gobiernos de Europa. El estado civil de sus ciudadanos distaba mucho del sistema que hoy rige en las naciones modernas. No obstante los rigurosos principios de justicia y libertad social, estuvieron siempre subordinados a la conveniencia pública, que usaron como la ley suprema. En el día tampoco puede ningún Estado separarse de aquélla en el establecimiento de un sistema económico, que no es otra cosa en el punto que se discute sino el estado civil. La nación debe llamar a componerle a los que juzgue oportuno.

tuno. Para esto no hay ni puede haber reglas de rigurosa justicia que no estén sujetas a la modificación que exija la pública utilidad. Si una numerosa clase de españoles no se halla en el día en disposición de desempeñar todos los derechos de ciudad, ¿no será prudente y justo proporcionar el medio que progresiva y gradualmente pueda ir adquiriendo su goce sin chocar la opinión, que, por más que se diga, lo habría de repugnar?

Yo, señor, tengo que hacer la mayor violencia a mis principios y a mi genio para aprobar el artículo; pero a fe mía no puedo saber si cometería un absurdo en desecharle. No tengo conocimiento práctico de América; mas por las ideas que acerca de este punto hay en la Península, por los informes que he tomado, por lo mucho que se ha controvertido en la comisión, dudo que pudiera haberse extendido en términos más propios para combinar los intereses de ambas partes. La comisión creyó prudente abrir la puerta a los individuos que en el día se hallen en estado de desempeñar las funciones de ciudadano, funciones que no pueden dividirse en activas y pasivas. El ciudadano español ha de tener el ejercicio de todos sus derechos; el sistema adoptado resiste que se dividan, y la comisión creyó que no podía concederse el estado civil bajo esta latitud a una clase tan numerosa sin hacer algunas modificaciones. El ejemplo de otras naciones, lejos de probar contra el artículo, hace ver que las más cultas y liberales han procedido en este punto con la misma circunspección. La notoriedad de los hechos que la demuestran me dispensa reproducirlos. La comisión creyó que las Cortes sucesivas, con más tranquilidad, con más luces en tan delicadísimo punto (sin que por eso sea visto que no aprecie yo por mi parte las de los señores que han hablado), podrían hacer partícipes de los derechos de ciudadano, si se quiere, a gran parte de la numerosa clase de que se habla. Los términos del artículo son más latos que lo que han dicho los señores que me precedieron. Y en todo caso, los señores americanos no han tenido razón para cargar a la comisión de iliberal y demás tachas que la pusieron. Ha procedido con sujeción a un decreto que tomó por base del artículo; y lejos de atenerse al rigor de sus palabras, ha hecho cuantas ampliaciones creyó compatibles. Los señores que continúen la discusión espero que, manifestando su intención de dar a la cualidad de ciudadano la extensión del término y sentido constitucional, o de restringirla, podrán facilitar la resolución de este artículo.

El señor *Gordoa*: Señor, si mi amor y constante adhesión a la nación española, de que me glorío y gloriaré siempre y en lo que a nadie cederé jamás; si el vivo interés que tengo y debo tener por el honor, decoro y reputación de Vuestra Majestad en cuanto proceda de su soberana sanción, y el cúmulo de peligros, horrosas discusiones e irreparables males que mis conocimientos prácticos me presentan como indubitavelmente consiguientes a la del artículo de que se trata, no reunieran lo más sagrado y urgente de mis obligaciones como español, representante de la nación y americano que acaba de separarse de su país, quizá hallaría en la misma naturaleza del artículo muchas razones con que excusarme de hablar; mas no teniendo, por los motivos expresados, una sola que apoye mi silencio, me determino a proponer las que me parece que persuaden la necesidad de modificarlo o suprimirlo. Para no divagarme ni excederme he procurado ordenar mis ideas del mejor modo posible; y aunque coincidieran muchas con las que han expuesto los señores preopinantes y amplificarán los demás señores diputados de América, pues en mi concepto están todos contestes en lo sustancial de esta materia, argumento para mi ineluctable de la necesidad que hay de suprimir o modificar el artículo en cuestión, añadiré todavía, para satisfacer al señor Argüelles, que el consulado de Guadalajara, corporación ilustre y que debe a Vuestra Majestad una consideración particular, recomienda al diputado de su provincia, aunque éste no lo haya expresado, sea por un efecto de delicadeza o bien de olvido natural, promueva como punto de interés general la necesidad de abolir la infamia de las castas o de llamarlas por el camino del honor a ponerse en estado de ser tan útiles al país como podían, siendo advertencia que todos o la mayor parte de los individuos de esta corporación son no sólo personas ilustradas y del más acendrado patriotismo, sino también naturales de la Península.

Concretándome, pues, a responder al señor Argüelles, digo que los individuos de las castas que excluye el artículo del número de los ciudadanos españoles cultivados en las ciudades o poblaciones grandes son muy susceptibles, lo mismo que los demás hombres, de una ilustración que les haga sobresalir y brillar igualmente que los otros, que reciben en ellas buena educación, verificándose en esto allá lo que aquí, que las luces de ellos son en proporción de ésta, que es más o menos ventajosa, según las circunstancias de los lugares. Pero volviendo ya a mi principal in-

tento, no dudo afirmar, señor, que casi todos los artículos aprobados por Vuestra Majestad podría decirse ofrecen poderosos fundamentos al efecto; mas para caminar con la precisión que deseo, me contraeré al primero, tercero, séptimo y octavo, en que, si yo no me engaño demasiado, una clara inconsecuencia o contradicción patente con este artículo veintidós me hacen concebir una fuerza irresistible a favor de la supresión, o por lo menos limitación o variación, si es susceptible de alguna, capaz de salvar los inconvenientes que preveo. Porque ¿cómo puede comprenderse, señor, que los que traen origen de Africa (origen malhadado y cuya maldición no tiene fin, según se sienta en este artículo, pues que lo transmiten a sus pósteros, y hasta las generaciones más remotas) sean a un mismo tiempo españoles y no españoles, miembros y no miembros de esta sociedad, que ellos también componen y se llama nación española? La soberanía es una e indivisible; ésta, según Vuestra Majestad ha declarado, reside esencialmente en la nación española, que por los artículos primero y sexto componen también los que traen origen de Africa, y por lo mismo reside aquélla en éstos, y, sin embargo, no son ciudadanos españoles, sin otro obstáculo que su origen; es decir, porque no son españoles. Pero si este reparo tiene alguna solución, que yo no alcanzo, hallo todavía igual o mayor dificultad en comprender cuál pueda darse al que ofrece la cláusula siguiente del artículo veintidós referida: «queda (a los que traen origen de Africa) abierta la puerta de la virtud y el merecimiento. etcétera, por servicios eminentes, etcétera». Supongo, señor, que la virtud, merecimiento y eminencia de servicios de que aquí se habla no es con relación a las verdades reveladas o al orden sobrenatural, sino de una virtud política o el orden puramente moral, a menos que no se tratara de exigir la heroicidad que constituye santos para adquirir la cualidad de ciudadanos. Pues si el que trae origen de Africa ya es español, y como tal debe mirar como una de sus principales obligaciones el amor a la patria (que es toda la esencia de la virtud política en concepto de los mayores sabios antiguos y modernos), ha de cultivar la justicia y beneficencia recíproca, la fidelidad a la Constitución, obediencia a las leyes, respeto a las autoridades establecidas, subvención a las necesidades del Estado, hasta prestarse, llamados por la ley a derramar su sangre en defensa de la patria conforme a los artículos séptimo, octavo, noveno y décimo. Cuando haya cumplido con todo esto, ¿no posee ya en su última perfección la virtud, merecimiento y política eminencia de servi-

cios? No los hay mayores si no se apela a otra esfera u orden. Es consecuencia, pues, incontestable que, siendo español el que trae origen de Africa, sería al mismo tiempo ciudadano y no ciudadano, y, por lo tanto, es necesaria la supresión del artículo en discusión. Pero aún no es todo señor; y, sin embargo, yo, porque trato de no ser prolijo con molestia de Vuestra Majestad, pasaré en silencio la dureza que contiene un artículo que, comparado con los que conceden la calidad de ciudadanos a los extranjeros, da un resultado muy doloroso de inferioridad, de consideración o estimación de los naturales que se excluyen de este precioso catálogo sólo porque nacieron sus ascendientes en Africa, aun cuando hayan pasado veinte o más generaciones, cuando muchísimas veces será más infecto o repugnante el origen de los extranjeros que lleguen a numerarse en la clase de ciudadanos. No hablaré sobre los derechos de la igualdad, tan reclamada en este augusto Congreso, ni sobre la monstruosidad (tal es para mí) que me presentan las Américas por el aspecto que toman en este artículo, por el que aparecen gozando el dulce título de ciudadanos todos los de las clases precisamente consumidoras, mientras que los de las productoras, es decir, las más dignas o con más justicia (hablo de la justicia y dignidad relativas al objeto y al fundamento) para obtener este título, se ven despojados de él. Nada diré, por último, de la absoluta falta de medios para entrar en el goce de ciudadanos. Porque ¿cuál es la puerta que se les abre? ¡Oh! La del talento, aplicación y conducta. Prescindamos de la imperiosa necesidad e interés de abrirla y de la moral imposibilidad, por no decir física, que tal vez vendrá a ser casi en todos ellos la de obtener la carta de ciudadanos, por la cortedad de sus facultades y numerosas familias, sobre las dificultades inherentes, a la solicitud, bien arduas y notorias, pues soy testigo no ha podido vencerlas en mucho tiempo algún extranjero pudiente y a todas luces benemérito, en la pretensión de la que antes se otorgaba de naturaleza; y pregunto solamente: ¿quién pensó jamás o se atreverá a decir que estas virtudes máximas, que estos raros dones del cielo, como lo son en el grado y sentido que forzosamente los requiere el artículo, descollarán o pueden brillar o sobresalir, como es preciso para el intento, en medio del abatimiento; desprecio y degradación en que pone a las castas un artículo que va a formar, aunque no se quiera y por más que se diga, el ignominioso apodo que se les echará sin cesar en cara en casa, calles y tribunales? En dos palabras, señor, es imposible que la cordura, sabiduría y religiosi-

dad de los señores de la comisión hubiera insertado este artículo si hubiera podido entrever siquiera lo que ya toco con las manos, y me ha obligado decir a Vuestra Majestad que me estimula a hablar como americano y que acaba de dejar su país. Desde luego, convendrá Vuestra Majestad conmigo en que la justicia y prudencia cristiana, la conveniencia, la política, en suma, la conciencia, que no quiero prostituir, así como no me dejan libertad para callar, me la limitan también para expresar todo lo que llevaría hasta la evidencia este punto, y que yo debo dejar a la penetración de Vuestra Majestad, eligiendo (si cabe) entre los males el menor.

Debe saber Vuestra Majestad que la sanción de este artículo no hará más que llevar adelante el ataque de la tranquilidad de las Américas, haciendo inmortal en ellas el germen de las discordias, rencores y enemistades, o sembrando el grano de que ha de brotar infaliblemente tarde o temprano el cúmulo de horrores de una guerra civil más o menos violenta o desastrosa, pero cierta y perpetua. El carácter de las castas, sus persuaciones conocidas y fundadas y los medios que se les ofrecen para proporcionarse el goce de ciudadanos, son tres apoyos de lo que digo y que harán ver a Vuestra Majestad, en una exposición no mas que superficial, que, siendo la exclusión que pretende el artículo el obstáculo insuperable y fatal de la unión y prosperidad de las Américas, es al mismo tiempo el manantial perenne y seguro de incalculables daños políticos y morales. Su carácter no es el que comúnmente se cree; su constitución física y moral, su docilidad e inteligencia, su industria y demas dotes, les dan otro digno de interesar la atención de un Gobierno que piense en su felicidad y en el bien general de la nación; y en esta parte me bastará referirme a lo que han escrito autores de mucho tino y discernimiento, como lo son entre los regnícolas Ulloa y Azara, y otros mil extranjeros. Sus persuaciones y preocupaciones son por lo mismo las de que constituyen una clase de mérito y consideración en el Estado y las fundan en las declaraciones más solemnes hechas en su favor, y que ninguno de ellos ignora, como quiera que son el apoyo de su vanidad y distinción. Se creen privilegiados, y lo están efectivamente. Y para no detenerme, me contraeré entre todos los privilegios que gozan al que directamente obra en la materia de que se trata y que más les halaga. Sobre los concedidos por las antiguas ordenanzas de Minería, las novísimas del

año de 83 se explican de esta manera en el título XIX, artículo primero: «Atento a que siempre debe considerarse la dureza, dificultad o incertidumbre de este género de trabajo, y a que sus preciosos productos son la especial dotación de aquellos dominios y la primera fuente del provecho y felicidad pública y universal de éstos y aquéllos, y aun en gran parte de todo el mundo, vengo en conceder y concedo a los que en Nueva España se dedican al laborío de sus minas todas las mercedes y privilegios dispensados a mineros de estos reinos de Castilla y los del Perú» Pero todavía es más urgente la declaración del artículo 2º, que es a la letra la siguiente: «Además, declaró a favor de la profesión científica de la minería el privilegio de nobleza, a fin de que los que se dediquen a este importante estudio y *ejercicio* sean mirados y atendidos con toda la distinción para que tanto les recomienda su misma noble profesión.» Pregunto ahora, señor, y hago este sencillo argumento: los mineros de Castilla, ¿eran y serían ciudadanos españoles o no? Y siendo la mayor parte de los empleados en el ejercicio de las minas la de los que excluye este artículo del derecho de ciudadanos, ¿podrán al mismo tiempo pertenecer, como en efecto pertenecen por ley, a una profesión noble y distinguida? Y, por fin, pudiendo los hijos de éstos dedicarse a la profesión científica de la minería, y por consiguiente ser nobles, ¿no han de ser ciudadanos españoles? Señor, las razones se me agolpan y la multitud de las que puedo alegar, con el deseo de ser breve, no me permite más que indicar a Vuestra Majestad la impolítica de los medios que se proponen para aspirar a ser ciudadanos a una clase sin ilustración bastante en otro ramo que el de las pasiones, cuando se les inspira con ellos las dos más análogas a su carácter, situación y preocupaciones, pero por lo mismo las más temibles, que son el orgullo y vanidad política, sin las cuales jamás serán ciudadanos, pero con las que la declinación a los extremos viciosos en lo moral será ruinosísima al Estado.

Pido, pues, a Vuestra Majestad, por la razón y la humanidad, que se resienten de degradación en este artículo; por el sagrado derecho de igualdad, que es la parte potencial primera y más noble de la justicia; a nombre de mi provincia, por sus especiales encargos, expresos en mi poder, de que procure sean comunes y recíprocos los derechos y deberes, los bienes y los males, las ventajas y desventajas de todas las partes integrantes de la Monarquía, y por su particular derecho de ser toda minera de la

patria, a quien se preparan conocidos y grandes males, y sobre todo, cuando nada de esto merezca atención, a nombre de la religión santa, que lo resiste por su carácter y espíritu, de que Vuestra Majestad se halla tan animado y poseído, como yo he visto en los actos de bondad y clemencia a que he tenido la dicha de cooperar; virtudes a que apelo ya solemnemente en la solicitud de la supresión o modificación para una tolerancia política siquiera, y a que Vuestra Majestad no puede negarse, si se acuerda que esas virtudes han hecho en todos los siglos, climas y Estados el ornamento y timbre más glorioso de los soberanos. Pido no permita Vuestra Majestad que de aquí adelante esas virtudes se vean feamente deslucidas por el lunar indeleble de crueldad y dureza que imprimirá en su bellísima y apacible faz la sanción de este artículo.

El señor *Castillo*: Señor, después de los enérgicos discursos que han pronunciado los señores que me han precedido, poco queda que decir; por tanto, yo procuraré evitar la repetición de razones para no ser demasiado molesto.

Vuestra Majestad acaba de sancionar con la prudencia y sabiduría que le son características los medios y condiciones por las que el extranjero y sus hijos puedan obtener el honor de ser ciudadanos españoles; pero estos medios se limitan sobremanera cuando se trata de aquellos españoles que traen su origen *del* Africa. En el artículo veintiuno, que acaba de aprobarse, se dispone que los hijos de extranjeros naturalizados, como no hayan salido de España sin licencia del Gobierno, y que habiendo cumplido veintiún años se hayan avecindado en algún pueblo del territorio español con oficio de ocupación conocida, sean reputados por ciudadanos. ¿Y por qué bajo estas mismas condiciones no se les ha de conceder este derecho a aquellos que no debemos mirar como extranjeros sino como españoles, aunque originarios *de* Africa, cuyos mayores se establecieron en la Monarquía española desde el largo espacio de doscientos años? Que el hijo del extranjero españolizado pueda ser ciudadano, y que los españoles descendientes de Africa, que pueden contar entre sus abuelos cuatro o cinco generaciones ya naturalizadas, sean excluidos de este honor, verdaderamente, señor, que no comprendo la causa de esta desigualdad.

Por ventura, ¿será la razón de esto porque los descendientes de los ardientes climas del Africa tienen el color atezado, moreno o negro? Pero yo agraviaría, sin duda alguna, a la sabiduría de Vuestra Majestad si sospechase que esta cualidad o accidente podría influir en la resolución de esta importante materia, pues los progresos que la física ha hecho en estos tiempos nos han demostrado hasta la evidencia que la variedad de colores en la especie humana es efecto primitivamente del clima y de las costumbres, y secundariamente del influjo de los padres en sus hijos.

¿Será la causa de esta desigualdad el reducir el número de los representantes americanos, reduciendo el de los representados? No; estoy muy distante de atribuir a los señores de la comisión ideas tan rastreras y mezquinas, y más cuando todo el proyecto de Constitución abunda de ideas liberales, justas y magnánimas.

¿Se dirá que porque los descendientes de Africa traen su origen de esclavos son excluidos del honor de ciudadanos? Pero ya satisfizo completamente a esta objeción el digno diputado de Tlascalala, y yo no tengo más que añadir, sino que, habiendo decretado Vuestra Majestad que los siervos que en España quieran su libertad son y deben ser españoles, es claro que aquéllos traen ya su origen de españoles. A más de que no hay razón por que se extiendan hasta los nietos más remotos los tristes efectos de la servidumbre, cuando creo que convendría a la libertad de Vuestra Majestad hacer desaparecer para siempre del territorio español esta infeliz condición del hombre que tanto degrada a la especie humana.

Por último, señor, ¿será la causa de esta diferencia la inmoralidad que algunos imputan a los que descienden de africanos? Pero a más de que hay entre éstos muchos y muchísimos que son honrados y virtuosos, no sería de admirar que se advirtiese en esta clase alguna relajación de costumbres. Nadie ignora que el honor el premio y la recompensa del mérito son el primer móvil del corazón humano, son el estímulo más poderoso que mueve al hombre a reprimir sus pasiones y a emprender una carrera laboriosa y útil a la patria; pero de este estímulo, de esta aliciente, han estado privados aquellos hombres que hasta ahora se han mirado con desprecio. En una palabra: yo no encuentro razón

para privar del derecho de ciudadanos a aquellos que traen su origen del Africa, que, hablando con más claridad, son los que en América se conocen con el nombre de castas, y, por el contrario, creo que hay razones de conveniencia y de justicia muy poderosas para inclinar el ánimo de Vuestra Majestad a favor de aquellos individuos.

Señor, todos los afanes de Vuestra Majestad se dirigen a hacer la felicidad de la nación española y a promover por cuantos medios sea posible su prosperidad; para esto es indispensable que Vuestra Majestad procure mejorar las costumbres de sus súbditos e inspirar en sus corazones el amor y aplicación al trabajo. Más estos dos importantes objetos jamás se lograrán mientras que no se premie la acción virtuosa, sin atender el origen del individuo que la hizo. Por tanto, creo muy conveniente que el derecho de ciudadano se hiciese extensivo a las castas, las cuales seguramente harán los mayores esfuerzos para cumplir con sus deberes, para ilustrarse y para servir a la patria. Lo contrario será perjudicialísimo, primero, a las costumbres, porque ¿qué estímulo podrán tener aquéllos para mantener una conducta arreglada, si el hombre de bien ha de ser confundido con el malo, si jamás ha de aspirar a la distinción y a la recompensa de sus virtudes, si su mérito ha de quedar siempre en la oscuridad? Así es que no es de extrañarse, como dije antes, que hombres constituidos en estos términos fuesen los más perversos del mundo; pero por fortuna no sucede así con nuestras castas, que, por lo general, son gentes honradas y virtuosas, efecto que en mi concepto sólo debe atribuirse a la religión que profesan. Segundo, impediría la ilustración de aquellos habitantes, porque ¿a qué fin emprender la penosa carrera literaria, sino no han de poder optar los empleos, pero ni aun los grados literarios, porque regularmente son excluidos de ellos por las constituciones de las universidades? Yo conozco varios jóvenes que, dedicados a las letras, ofrecían muchas ventajas; pero que, habiéndoseles cerrado la puerta de los honores, tuvieron que abandonar su empresa y se quedaron como plantas mutiladas, sin dar fruto. Estos son señor, los inconvenientes negativos que resultarían de la práctica de este artículo sancionado por Vuestra Majestad. Pero aún se seguirían otros inconvenientes positivos de mucha consideración que Vuestra Majestad debe prever para evitarlos.

Cuando me figuro formándose el censo de América con exclusión de las castas o de los que traen su origen de Africa, ¡qué dificultades cruzan en mi imaginación! Desde ahora preveo que habrá pruebas, delaciones, pleitos y disenciones muy odiosas, y que pueden tener resultados muy fatales. Señor, es menester tener presentes que los habitantes de ultramar son españoles, indios y originarios de Africa, y los que provienen de la mezcla de unos con otros, que son las castas, que se dividen en mulatos y mestizos. De aquí resulta que cuando el origen es remoto, sólo la opinión podrá clasificar los que traigan su origen de africanos, y como ésta varía según los intereses y pasiones, éste será el origen de muchas discordias, por lo que desearía que se extinguiesen para siempre estas denominaciones y que así como son todos españoles por haber nacido y estar avecindados en el territorio español, fuesen también ciudadanos. Acaso se pensará que será fácil formar estas clases por medio de libros parroquiales, donde se expresa la clase a que pertenecen; pero este documento sólo prueba la cristiandad y la edad, pero de ninguna manera la calidad, pues la expresión de ésta no fue más que la opinión del padrino, del sacristán o cura que extendió las partidas.

Señor, el asunto es de mucha importancia y trascendencia; no se trata del bien de uno u otro, sino de millares de súbditos de Vuestra Majestad que pueblan las Américas, de españoles fieles a Vuestra Majestad, de individuos y partes integrantes de la nación española, de esta nación libre e independiente, de esta nación grande y generosa, en quien reside la soberanía. ¿Y cómo podrá negárseles el derecho de ciudadanos a unos miembros de una nación soberana?

A más de esto, las castas son las que en América casi exclusivamente ejercen la agricultura, las artes, trabajan las minas y se ocupan en el servicio de las armas de Vuestra Majestad. ¿Y se les ha de negar la existencia política a unos españoles tan beneméritos, tan útiles al Estado? ¿En qué principios de equidad y justicia se podrá apoyar semejante determinación? Son contribuyentes a Vuestra Majestad y ayudan a sostener las cargas del Estado, ¿pues por qué no se les ha de honrar contar entre los ciudadanos?

Está bien que se les consuele abriéndoles la puerta por servicios eminentes, pero ¿es dable que los que hasta ahora no han

tenido existencia política puedan haber contraído méritos relevantes? ¿Y será fácil que tantos millares de habitantes ocurran a molestar la atención de Vuestra Majestad por sólo la investidura de ciudadanos? Yo creo, señor, que serían pocos los tres meses que cada año han de durar las Cortes futuras para atender a las solicitudes de millares de individuos de las castas que implorarían su benignidad. En fin, señor, he hecho presente a Vuestra Majestad las razones de justicia que tienen los individuos originarios de Africa para merecer la atención de Vuestra Majestad y los inconvenientes que se seguirán de lo contrario. Por otra parte, yo no hallo razón ni fundamento sólido para que se excluyan; porque condescender con las preocupaciones, que no niego hay en algunos españoles de ultramar contra las castas, no me parece bien. Lo justo será siempre bien recibido en todas partes, y aunque los grandes y poderosos quieren que duren las preocupaciones, la conducta de Vuestra Majestad y sus sabias resoluciones formarán en este asunto, como en otros muchos, la opinión pública. A más de que no se trata de elevar a las castas a la clase de nobles ni colocarlas en los primeros empleos; sólo se trata de remover el obstáculo, de darles existencia política, para que, mejorándose esta porción utilísima de nuestra población, sea más útil a Vuestra Majestad y a la patria. Por lo que concluyo pidiendo que Vuestra Majestad decrete que los hijos de padres ingenuos, aunque originarios de Africa, como sean honrados y tengan algún oficio o modo de pasar la vida honestamente, sean reputados por ciudadanos españoles.

Yo me lisonjeo que, modificado este artículo, esta Constitución sabia que Vuestra Majestad está dando será recibida de los países de ultramar con el mayor regocijo y como una prueba de la magnanimidad con que Vuestra Majestad ha igualado en un todo los derechos de los habitantes de América con los de la Península, y los deseos de enlazar a unos y otros con los vínculos más estrechos de una misma nación y una misma familia.